

“ñor Dios tuyo, ni guardaste sus mandamientos y  
“ceremonias que te mandó.”

Estas terribles amenazas, que en boca de Moisés fulmina Dios contra los pueblos prevaricadores de su ley santa, así como las encantadoras promesas que ofrece á los que le son fieles, se vieron cumplidas á la letra en el pueblo judío. . . . La suerte que cupo á esta célebre nacion, ora siendo prevaricadora, ora fiel á la ley santa del Señor, nos la pinta y describe el santo rey David en los salmos 136 y 125: en el primero, las lágrimas y penalidades que sufrió cuando caminaba á Babilonia cautivo por disposicion de Dios en castigo de su infidelidad, despues de haber antes padecido los mas espantosos males y desastres: y en el segundo, su alegre vuelta y regocijo que tuvo cuando, por mandato de Ciro y Darío, volvió ya libre de su cautiverio á reedificar su templo y á poblar y habitar de nuevo la asolada ciudad de Jerusalem, en premio de haber reconocido y llorado sus culpas y hecho de ellas penitencia. Creo oportuno ponerlos aquí tales cuales los espuso y vertió á nuestra lengua el P. Malon. Dice así el primero:

*Super flumina Babilonis. . . .*

Ya de Asia la cabeza,  
Señora de las gentes  
Del gran Dios de Israel sacra morada,  
Desecha pieza á pieza,  
Muertos los mas valientes  
Pasados por los filos de la espada,  
Quedaba derrocada,  
Sus torres por el suelo;  
Y sus soberbias casas  
Ardiendo en vivas llamas,  
Subia el humo y llamas hasta el cielo,  
Y las tiernas doncellas  
Con su llanto apagaban parte de ellas.  
Las madres miserables,  
Pasadas de mil hierros,  
Con sus dulces hijuelos abrazadas.  
Aquellos intratables  
En presa de sus perros  
Las daban, adonde eran sepultadas.  
Las damas regaladas  
El blanco pié por tierra,  
De su sangre esmaltado,  
Iban como ganado,  
Siguiendo al vencedor por valle ó sierra.

El brocado y arreo,  
 Trocado en un cilicio negro y feo  
 El bárbaro enemigo  
 Con un crudo semblante  
 Lleva puesta la espada á sus gargantas.  
 No reconoce amigo;  
 Los viejos van delante,  
 Atadas en prision las manos santas;  
 Y desnudas las plantas,  
 Llagadas con abrojos,  
 Caminaban cautivos  
 Los que quedaron vivos,  
 Regando con las fuentes de sus ojos  
 El áspera carrera,  
 Que guía á Babilonia y su ribera.  
 Mas ya que se apartaban  
 De su ciudad sagrada  
 Para no poder mas tornar á vella,  
 Los llantos renovaban  
 Viéndola despoblada,  
 Desnuda de su gloria antigua y bella:  
 Y vuelto el rostro á ella,  
 Levantados los ojos,  
 Suspenso el sentimiento,  
 Robado el pensamiento  
 Con el mortal dolor de sus enojos,

Ya que se despedían,  
 Con voz ronca y mortal, así decían:  
 "¡Oh patria lagrimosa!  
 ¡Oh templo sacrosanto,  
 Del espantoso Dios alta morada!  
 ¿Qué es de la victoriosa  
 Mano, que pudo tanto  
 Domando mil naciones á tu espada?  
 Agora derrocada  
 Te vemos por el suelo,  
 Y tus soberbias puertas  
 En negro carbon vueltas:  
 Castigo del airado Dios del cielo.  
 ¡Oh madre Sion triste!  
 Cautivos van los hijos que pariste.  
 A Dios, monte de gloria,  
 A Dios, templo sagrado,  
 A Dios, Jerusalem sola, desierta;  
 Olvida la memoria  
 Del contento pasado,  
 Y ya de hoy más al bien cierra la puerta:  
 Y pues es cosa cierta,  
 Que nuestros tristes ojos  
 No volverán á verte,  
 A Dios, hasta la muerte,  
 Que el enemigo apaña los despojos,

Y manda que partamos, á do sin tí muramos. ”  
 De lejos descubrimos  
 En un llano espacioso  
 A la gran Babilonia levantada.  
 Sus altos muros vimos  
 Y el alcázar costoso,  
 Do yace Semiramis sepultada,  
 De torres rodeada  
 Que amenazan al cielo,  
 Del Eufrates ceñida,  
 Que con sus aguas riega al fértil suelo:  
 Y vimos la ribera,  
 Cual la pinta la dulce primavera.  
 Cansados del camino,  
 Sobre la alta corriente  
 Con un ansia mortal nos asentamos.  
 Llorando el hado indino  
 De nuestro suelo y gente;  
 De tí, madre Sion, nos acordamos.  
 Y al alto cielo alzamos  
 Los ojos á miralle;  
 Mas ¡ay! que al fin no era  
 Aquella la ribera,  
 Ni aquel el sol, ni cielo, sierra ó valle;  
 Ni aquel el claro dia,  
 Que en tí, Jerusalem, resplandecia.

Las arpas y vihuela,  
 Los instrumentos santos  
 A tu gran Majestad (Dios) consagrados,  
 ¿Quién hay que no se duela?  
 Pues que con nuestros llantos,  
 Están del sentimiento destemplados.  
 Y en los sáuces colgados,  
 Oyendo nuestros pechos  
 Otra música, llena  
 De lágrimas y pena,  
 Con instrumentos de los ojos hechos;  
 Y las voces que suenan  
 Suspiros son, que á Babilonia atruenan.  
 A mirar nos salian  
 Los bárbaros paganos, y burlando  
 De nuestra dura suerte,  
 Palabras nos decian  
 Los fieros inhumanos,  
 Mucho mas dolorosas que la muerte:  
 Cantadnos de la suerte  
 Que en Sion la famosa  
 Cantábades canciones  
 Con acordados sonos  
 Hora en salmos, en himnos, verso ó prosa:  
 Templad un instrumento,  
 Y desplegad la voz al blando viento.

¡Oh gente cruda y fiera,  
 Pedir á un lastimado alegre cara!  
 No da un triste contento;  
 Mal cantará, el que fuera  
 Mejor, que vida y alma le dejara:  
 Y pues la suerte avara  
 Nos trujo á tierra ajena,  
 ¡Cómo podrá la lengua  
 Cantar, sin hacer mengua,  
 Cantares del Señor? ¡Ay, dura pena!  
 Dejadnos llorar tanto,  
 Que se acabe la vida con el llanto.  
 Muera yo en triste llanto,  
 Y mi mano me olvide,  
 Jerusalem, si acaso te olvidare.  
 Y si alguna vez canto  
 Lo que el bárbaro pide,  
 Mientras que de tí ausente yo me hallare,  
 Y si jamas callare,  
 Tu gloria y alabanza,  
 Mi lengua quede helada,  
 Y al paladar pegada  
 De tan grave maldad justa venganza;  
 Pues mal parecería  
 Poder tener sin tí bien ni alegría;  
 Y si bien alegría

Algun tiempo tuviere,  
 De quien Jerusalem no tenga parte,  
 No goce el claro dia,  
 Y el bien que Dios le diere,  
 Le pierda y se reparta en otra parte.  
 Véame de tal arte,  
 Que el airado enemigo  
 De mi mal se enternezca,  
 El dia que acaezca  
 Tener sin tí contento. Sed testigo,  
 Señor, desto que juro,  
 Porque esté de cumplillo mas seguro.  
 Fuerte amparo y seguro,  
 Defensa valerosa  
 Del alma que en servirte á tí se emplea;  
 Pues eres nuestro muro,  
 Vuelve tu poderosa  
 Mano, á aquel que te ama y te desea;  
 Y mira que Idumea,  
 Cuando el duro enemigo  
 Los muros derrocaba,  
 Era la que llamaba  
 Con voz horrenda al bárbaro su amigo:  
 Derroca los cimientos,  
 No quede de Sion ni aun fundamentos.  
 ¡Oh ciudad miserable,

Babilonia sangrienta!  
 ¡No tengas otro canto mas sabroso,  
 Y un caso lamentable  
 Te pague en igual cuenta,  
 Con castigo que al mundo sea famoso!  
 ¡Oh felice y dichoso  
 El que en venganza fera  
 Del mal que nos has hecho,  
 Pasare pecho á pecho  
 Tu gente, con la espada carnicera,  
 Tus viejos desdichados,  
 Para morir mil muertes reservados!  
 ¡Oh bienaventurado  
 Quien tus tiernos hijuelos  
 De las cuitadas madres arrancare,  
 Y en alto levantando  
 El brazo, por los suelos  
 Sus cerebros en piedras quebrantare!  
 ¡Y el que no se ablandare  
 Al llanto y las querellas  
 De las mas regaladas,  
 Pasando las espadas  
 Por las gargantas tiernas, blancas, bellas,  
 Y el que tus torreados  
 Muros deje en mil llamas abrasados!

Hasta aquí la esposicion del primer salmo, ó sea del CXXXVI; veamos la del segundo, ó del CXXV.

*In convertendo Dominus.....*

Cuando al Señor del cielo  
 Le plugo levantarnos el destierro,  
 Se nos volvió en consuelo  
 La pena, cárcel, grillos y su hierro.  
 Y tal fué la alegría  
 Que nos vino tras tanta desventura,  
 Que puesto que se via,  
 Más nos pareció sueño que soltura.  
 El rostro señalaba  
 La risa que nacia del contento,  
 Y la lengua cantaba  
 Desplegando la voz al blando viento.  
 Cuando volver nos vieron  
 Los que de nuestro mal fueron testigos,  
 Espantados dijeron:  
 "Tratados los ha Dios bien como amigos,  
 Con gloria, con grandeza,  
 Con abundantes bienes, con despojos  
 Los vuelve á tanta alteza,  
 Cuanto vieron jamas humanos ojos."  
 Decís verdad en esto,  
 Que el ínclito Señor nos ha mirado

Con apacible gesto  
 Y en contento el dolor nos ha trocado.  
 Señor, nuestros cautivos  
 Vuélvelos como arroyo en seca tierra,  
 Y suple con los vivos  
 La mengua de los muertos en la guerra,  
 Como en la ardiente Libia  
 Cuando el rojo leon le abrasa el suelo,  
 Si el labrador le alivia  
 Torciéndole del agua el grato hielo:  
 Así será templada  
 La fuerza del dolor del cautiverio,  
 Si por tí es reparada  
 Volviéndonos á nuestro antiguo imperio.  
 Y como cuando mueve  
 El ábrego llovioso, que desata  
 De las sierras la nieve,  
 Y las nubes condensa, aprieta y ata,  
 Y las revuelve en lluvia  
 Hinchendo ya los rios y las canales,  
 Y deja el agua turbia  
 La señal de sus fuerzas desiguales:  
 Así tal crecimiento  
 Nos da, Señor, y fuerzas tan pujantes,  
 Que este contentamiento  
 A envidia nueva, al que á dolor movió antes.

Renueva, Dios, ahora  
 La salida que hiciste en el desierto,  
 Del pueblo, que te adora,  
 Y acuérdate, Señor, de aquel concierto:  
 Y así como rompiste  
 De un peñasco pelado agua copiosa,  
 Y en la austral tierra distes  
 Estanques de agua mas que miel sabrosa;  
 Así en esta salida  
 De Babilonia acude y nos consuela,  
 Y da refresco y vida  
 Al pueblo, que en servirte se desvela.  
 Porque entonces volviendo  
 Con el bien que tu mano rica encierra,  
 Será volver cogiendo  
 Lo que sembramos yendo en seca tierra.  
 Cual labrador que mira  
 El campo estéril, siembra descontento  
 Su pan, gime y suspira;  
 Mas si le acude, coge de uno ciento:  
 Así los que sembraron  
 Lágrimas entre espinas y entre abrojos,  
 Despues cuando tornaron  
 Cogieron de alegría mil manojos.

.....

Es pues, de fe divina y humana, que la ventura, libertad y grandeza de los pueblos pende de la religiosidad de los súbditos que los componen, y aun mas todavía de la de los gefes que los mandan. . . . Por esto Aristóteles persuadia á su discípulo Alejandro, á que fuese religioso, y á que hiciera lo fuesen todos, por el interes de que prosperase el Estado. Este inmortal filósofo estaba penetrado de que la impiedad del príncipe era peligrosa; una calamidad á todas las cosas públicas, atrayendo sobre sí y sobre el pueblo el castigo justo de los cielos. Y en prueba de esta verdad, ¿cuál ha sido el fin de aquellos príncipes ó gobiernos que poco religiosos, osados y atrevidos han querido mejorar sus Estados aumentando sus tesoros con los despojos de los templos, no guardando la piedad y el respeto debido á Dios y á las cosas que le estaban dedicadas y que le pertenecian? ¿Han mejorado jamas los intereses temporales de los pueblos y de los reyes cuando han intentado heredar sacrílegamente al santuario, despues de hacerse sus gefes, no debiendo ser mas que sus amigos y protectores? . . . Cuarenta arrobas de plata robó Abimelec del templo, como si estuviesen desperdiciadas; socorrieron sus necesidades presentes, pero su reino y vida tuvieron el fin miserable que nadie duda. Nabucodono-

sor y su hijo Baltasar, á quienes entregó Dios los judíos, engrosaron sus tesoros con los vasos y demas bienes consagrados al culto; mas el primero mudado en bestia, y el segundo herido de un rayo invisible, dejaron su reino en herencia á los estraños; y no dejaron por cierto que envidiar, sino que temer á la posteridad. Jeroboan y Saúl se atrevieron á estender sus manos osadas á las ropas de los profetas del Señor, y romperlas con violencia; pero esto no fué sino dar ellos la señal de cómo serian despedazados sus reinos, y divididos entre quienes ignoraban y para quienes aborrecian. Achâb, despojó tambien el templo, pero nadie en verdad codiciará la suerte de este infeliz príncipe, privado en el fin de sus dias, aun del sepulcro de sus mayores. Sila, acabó miserablemente su vida, segun Pausanias, por haber hecho grandes sacrilegios en los templos de la Grecia, especialmente contra Minerva, cuya veneracion era en toda ella muy celebrada. Senachêrib, rey de Asiria, blasfema de Dios: tenia el proyecto de robar y profanar á Jerusalem y su templo; en fin, despues de ser destrozado en la Judea por un ángel del cielo, no bien llegó á su tierra, muere á las manos de sus propios hijos, estando haciendo oracion en el templo de Nefrod su Dios, en la ciudad de Nínive. A Pompeyo Magno

le duró su dicha hasta que perdió el respeto al templo de Jerusalem, pues desde entonces toda su fortuna y gloria se convirtió en desgracia, hasta que terminó su vida á manos de la más vil gente. La conducta que siguieron Marco Craso, Antioco, Heliodoro, Xerxes y Cambises acerca de las cosas religiosas, podrá animar á los que hacen la guerra con los despojos sagrados; pero en el éxito que tuvieron estos falsos é impíos héroes, podrán considerar la suerte que les corresponde. . . . . ¿Qué se vió en Inglaterra, cuando un rey impío, incontinente y ambicioso se rindió á los proyectos lisonjeros con que la filosofía reformadora le adulaba? El que se persiguiese con un furor inaudito á la religion católica, y que el rey se apropiase muchos de sus bienes; pues en solo el año de 1535, ocupó 366 monasterios, cuyas rentas aumentaron las del fisco cerca de 120,000 ducados, y ademas 40,000 de bienes muebles. ¿Y cuál fué el resultado de este despojo sacrílego? El verse este impío rey reducido á la miseria, de modo que se halló en la precision de arrancar del parlamento por dos veces la dimision de todas sus deudas; "falsificó ademas la moneda, añade Burnet, y cometió otras acciones indignas de un príncipe; las turbaciones le acompañaron hasta el fin de su reinado, y esta fué la suer-

te que dejó á sus sucesores mas bien que el reino." ¿Qué provecho sacó, en fin, D<sup>a</sup> Urraca, hija de D. Alonso VI, de los bienes de la iglesia de S. Isidro de Leon? El haber muerto repentinamente al salir por las puertas del mismo templo. . . . .  
 . . . . .  
 "Los príncipes, dice el P. Cabrera en su *Crisis política*, no deben ignorar, que así los bienes de las iglesias, como los de los eclesiásticos, son muy para temidos: como la polilla gasta el paño, la carcoma el madero, y el orin el hierro, así las haciendas eclesiásticas invadidas y usurpadas de los príncipes y gobiernos, destruyen las fuerzas del reino."  
 Ello es, que de cualquiera manera que el gobierno temporal invada, desconozca ó altere los derechos que la religion tiene, ora en su culto, ora en sus templos, ora en su disciplina, ora en sus ministros y bienes, ora en fin, en su independencia, se tendrá siempre como un ataque directo al orden social; por una usurpacion impía, sacrílega y tiránica, por la que se intenta subyugar la voluntad de Dios á la del hombre, que trastornando el orden establecido por la divina Providencia, deben tocarse, á mas de los resultados fatales que son consiguientes, el castigo justo de los cielos. *¿Quis enim laesos impune putaret*



*esse Deos?* decia Lucano; y Horacio, libro 3º, oda 2ª  
hacia el fin <sup>1</sup>.

.....

Y aunque frecuentemente  
El Padre de la luz, mirando holladas  
Sus leyes, el malvado al inocente  
Juntó en sus justas iras provocadas,  
Rara vez el castigo, aunque tardío,  
Dejó de aniquilar al hombre impío  
Que orgulloso creia  
Por ir veloz, que nunca le hallaria.

Oigamos tambien confirmada esta misma verdad  
con las siguientes divinas palabras que un profeta  
y rey santo cantaba, para consuelo y esperanza de  
los creyentes y confusion é ignominia de los impíos,  
en el

*Salmo XXXVI.*

Al malo ví encumbrado  
Y puesto en tanta estima,  
Que era baja del Líbano la cima  
Mirada con su estado.  
Pasé, y volví á mirarle,  
Y de bajo no pude divisarle,

<sup>1</sup> Traducción del Illmo. Sr. Sobrado.

Acabóse en un punto:  
Busquéle, mas no era,  
Que se secó su fresca primavera:  
Y él, y su estado junto  
Y su lugar y asiento,  
Todo desvaneció cual humo al viento.

En fin, siempre será una verdad de hecho confe-  
sada por la sana y aun por la impía filosofía, con-  
firmada por la historia y proclamada de concierto  
por todas las naciones y gentes, *que sin religion no  
hay sociedad*: y así que, la muerte de ésta, y de con-  
siguiente del género humano, seria la victoria que  
pretende alcanzar la llamada moderna filosofía: és-  
ta, con sus funestas é impías doctrinas y execrables  
máximas, no puede crear nada estable, ningun ór-  
den social; la anarquía será siempre su obra, y lá-  
grimas, miseria, sangre, la destruccion de la socie-  
dad, su fruto.